



## Evolución de la teoría del «fin de la Historia» de Francis Fukuyama

Israel Sanmartín<sup>1</sup>

*Instituto de Estudios Gallegos «Padre Sarmiento» (CSIC)*

«El fin de la Historia». Pocas veces una frase y una teoría han sido tan citadas y comentadas como la de Fukuyama. Políticos, periodistas, sociólogos, diplomáticos o historiadores han utilizado la ya famosa frase en algún momento durante los últimos seis o siete años. Pero, ¿se ha utilizado la frase en el sentido al que se refería Fukuyama? ¿Se conoce realmente la teoría y su desarrollo? Más allá de las preguntas, parece claro que el desconocimiento es considerable respecto a la teoría del «fin de la Historia» y que la frase se ha utilizado con fines estéticos. Se puede decir que ha sido tan citada y comentada como poco leída y despreciada. En este sentido, pocos se pararon a indagar en la formación intelectual de Fukuyama. Así, Fukuyama es un norteamericano de tercera generación de origen japonés<sup>2</sup>. Se educó en Yale, La Sorbona y Harvard, estudiando Literatura Comparada y Ciencias Políticas, con maestros como Allan Bloom, Paul de Man, Roland Barthes y Jacques Derrida<sup>3</sup>, y se doctoró en Ciencia Política en la Universidad de Harvard en el «Department of Government» con la tesis sobre relaciones internacionales «Soviet threats to intervent in the Middle East, 1956-1973» bajo la dirección del profesor Nadav Safran en 1981. También en los años 1981 y 1982 perteneció al Departamento de Estado y fue miembro de la delegación de las conversaciones egipcio-israelíes sobre la autonomía de Palestina. Durante este tiempo trabajó en la «Rand Corporation»<sup>4</sup> haciendo informes sobre asuntos

---

<sup>1</sup> Este trabajo está realizado dentro del marco del proyecto de investigación «El estado de la historia», financiado por la Xunta de Galicia (XUGA 40101B96). Paralelamente, los argumentos de este trabajo se podrán encontrar próximamente en el libro «La historia según Fukuyama, 1989-1996», en preparación.

<sup>2</sup> Vid. Fred HALLIDAY, «An encounter with Fukuyama», *New Left Review*, 193, mayo-junio, 1992, p. 89.

<sup>3</sup> Santiago de MORA-FIGUEROA, «El acabose», *Nueva Revista*, nº1, 1990, p. 45. Mora-Figueroa añadía en la misma página que «le aburririeron los estructuralistas parisinos».

<sup>4</sup> Michael Rustin afirmaba sobre la «Rand Corporation» en la revista *New Left Review* que «es una institución donde la relevancia política es valorada, sin duda, muy altamente», en Michael RUSTIN, «No exit from capitalism?», *New Left Review*, nº 193, mayo-junio 1992. La «Rand Corporation» se presenta como una «institución no lucrativa que ayuda a mejorar la política pública a través de la in-

concretos y prácticos de política internacional, hasta que en el año 1989 accedió al puesto de director adjunto de planificación política en el Departamento de Estado, donde estuvo hasta 1990. Actualmente es «Hirst Professor» de Política Pública en la George Mason University en Fairfax (Virginia). En definitiva, es un científico político especializado en asuntos político militares del Medio Este y de Política Exterior de la antigua Unión Soviética.

Dejando a un lado estas consideraciones, el objetivo de este trabajo es explicar la evolución de la tesis de Francis Fukuyama sobre «el fin de la Historia» desde el embrión de la misma en el artículo «The end of History?», hasta sus últimos trabajos escritos sobre el tema hasta la fecha, el artículo «Reflections on the end of History, five years later» y el libro *Trust: the social virtues and the creation of prosperity*<sup>5</sup>. Todo como resultado de desarrollar la tesis quinta del artículo «La historia que viene»: «la historia de la humanidad no avanza hacia una meta prefijada de antemano, pero tampoco tiene vuelta atrás»<sup>6</sup>. Este artículo representa el punto de partida tanto metodológico como historiográfico del presente trabajo.

En su origen, la teoría del «fin de la Historia» fue una conferencia, con el mismo título, dictada por encargo de los profesores Nathan Tarcov y Allan Bloom<sup>7</sup> en el John M. Olin Center para la Investigación de la Teoría y la Práctica de la Democracia en el curso académico 1988-89<sup>8</sup>. Posteriormente,

---

vestigación y el análisis». Se fundó al final de la Segunda Guerra Mundial y su función es ayudar a consolidar las políticas de economía nacional, mantener la seguridad, ayudar en políticas educativas, sanidad, defensa nacional y justicia criminal y civil, entre otras áreas. *Vid.* «Rand Corporation» en *Rand Organization*: <http://www.rand.org/facts/> y

<http://www.rand.org/organization/LISTS/member-ship.html>.

<sup>5</sup> Véase notas 40 y siguientes.

<sup>6</sup> Carlos BARROS, «La historia que viene», en *Historia a Debate. I*, Santiago de Compostela, Historia a Debate, 1995, pp. 95-117. Donde el autor señala: «no existe una meta preestablecida de la historia de la humanidad como se creyó durante siglos —el juicio final de la historia providencialista, la democracia liberal de Hegel-Fukuyama, la sociedad sin clases de Marx—, igual que no existe una verdad científica fija y permanente. Tampoco está garantizado que la evolución social vaya de peor a mejor al desarrollarse la economía, la ciencia y la técnica. El sujeto de la historia es más libre, y el futuro está más abierto de lo que podíamos sospechar. Lo cual no quiere decir que el progreso se haya acabado, que la humanidad no deba plantearse ambiciosos objetivos 'móviles', o que el proyecto de modernidad haya llegado a su fin...».

<sup>7</sup> Ambos aparecerían como referencias bibliográficas en su libro posterior *The end of History and the last man*.

<sup>8</sup> Josep Fontana apuntillaba sobre esta institución: «La John M. Olin Foundation, una institución norteamericana que invierte anualmente millones de

uno de los editores de la revista norteamericana de pensamiento político y relaciones internacionales *The National Interest*<sup>9</sup>, Owen Harris, presionó a Fukuyama para que transformara la conferencia en el definitivo artículo «The end of History?»<sup>10</sup>. En el artículo Fukuyama proclamaba el fin de la Historia como «punto final de la evolución ideológica de la humanidad» concretada en la democracia liberal. Para llegar a esa conclusión, se basaba en Hegel y Kojève<sup>11</sup>, un intérprete hegeliano interesado en «salvar a Hegel de sus intérpretes marxistas»<sup>12</sup>. Kojève aprovechaba los argumentos esgrimidos por Hegel en *La fenomenología del espíritu* y sus reflexiones entorno al advenimiento de un «estado homogéneo universal» en el que triunfarían los ideales de igualdad y libertad de la Revolución francesa tras la batalla de Jena, donde Napoleón venció a los prusianos ocupando fácilmente Berlín. Sobre estas ideas, Kojève concibió la idea del fin de la Historia<sup>13</sup> basándose en ese

---

dólares para favorecer un viraje a la derecha en la enseñanza de las ciencias sociales», Josep FONTANA, *La historia después del fin de la Historia*, Barcelona, Crítica, 1992, p. 7. En la misma línea, Harvey J. Kaye descubría que la *Olin Foundation* fue fundada en la universidad de Chicago y, entre sus actividades está la de colaborar en el sostenimiento económico de la revista *The National Interest*. Vid. Harvey J. KAYE, *The powers of the past. Reflections on the crisis and the promise of history*, Londres, Harvester Wheatsheaf, 1991, p. 194.

<sup>9</sup> Según Vicente Urbistondo, *The National Interest* tenía en el año 1989 cuatro años de vida y su financiación correspondía principalmente a la *Fundación Olin*, producto del comercio de armas. En palabras de Urbistondo, la revista fue calificada por su editor, Owen Harris, como «tradicionalista». Vicente URBISTONDO, «El tedio implacable. G.W. Hegel, Francis Fukuyama y Latinoamérica», en «Temas de nuestra época», *El País*, 21 de diciembre, 1989, p. 13. Por otro lado, Thomas E. Ricks expresaba: «*The National Interest* tiene su base en Washington, la revista está dedicada a los intelectuales «reaganistas». Frecuentemente ofrecen extrañas combinaciones de artículos de conocidas figuras, ya olvidados; y artículos memorables por desconocidos». Thomas RICKS, «Foreign policy» en *Times Literary Supplement*, 26 de marzo, 1993, p. 22.

<sup>10</sup> Francis FUKUYAMA, «The end of History?» en *The National Interest*, n° 16, summer 1989, pp. 3-18.

<sup>11</sup> Fukuyama explicaba en su artículo que Kojève era un emigrante ruso que dictó clases en la «École Pratique des hautes Études» de París, teniendo como alumnos a Sartre —en la izquierda— y Aron —en la derecha—. Kojève estaba tan convencido de la idea del «fin de la Historia» que cambió su actividad docente por la de burócrata de la C.E.E. hasta su muerte en 1968; aunque al final de su vida dudó si había llegado el fin de la Historia tras un viaje a Japón durante el transcurso de una conferencia sobre el Mercado Común. Vid. Dominique AUFRET, *Alexandre Kojève. La philosophie, l'Etat, la fin de l'Histoire*, París, Bernard Grasset, 1990, p. 414. Su obra más conocida es Alexandre KOJÈVE, *Introduction à la lecture de Hegel*, París, Gallimard, 1947.

<sup>12</sup> Francis FUKUYAMA, «The end of History?», p. 4.

«estado homogéneo universal», que estaría representado, para él, en los países de la Europa Occidental de la posguerra.

Con estas premisas, Fukuyama argumentaba que el estado actual del fin de la Historia se debía al fracaso de los grandes regímenes autoritarios del siglo XX: el fascismo y el comunismo. Esta circunstancia supondría el triunfo de la democracia liberal, que se habría quedado sin alternativas. Las ideologías rivales que él veía en ese momento, el nacionalismo y el fundamentalismo, no tenían la entidad suficiente para destronar a la democracia liberal. Este «nuevo orden mundial», que declararían Bush unos meses más tarde, proporcionaría una paz al modo kantiano entre los países gobernados por democracias liberales, superando la *realpolitik* —el conflicto es inseparable del sistema internacional— que había dominado las relaciones internacionales durante mucho tiempo.

Gran parte del éxito del artículo se debió a la enorme publicidad que le dieron los medios de comunicación —*The New York Times* o *Washington Post* publicaron extractos del artículo en sus páginas diarias y suplementos—<sup>14</sup>. Pero tampoco se debe menospreciar el preciso y vasto conocimiento de Fukuyama sobre la realidad rusa en ese momento<sup>15</sup>, que le hizo adelantar unos meses la noticia de la caída del muro de Berlín. Se trataba de un tema prospectivo y a la vez actual. Y, por su puesto, no se puede olvidar la mente política de Fukuyama, interesada en ensalzar los valores del sistema económico capitalista y «aniquilar» al enemigo comunista. Este componente

---

<sup>13</sup> Hegel no acuñó realmente la frase de «fin de la Historia». El concepto lo señaló Kojève. Vid. Perry ANDERSON, *Los fines de la historia*, Barcelona, Anagrama, 1996, (London, Verso, 1992), pp. 21-22.

<sup>14</sup> España no fue una excepción. El diario *El País* se ocupó de la divulgación de los artículos de Fukuyama en España: Francis FUKUYAMA, «¿El fin de la Historia?», en «Domingo» *El País*, Madrid, 24 de septiembre de 1989, p. 10-11; Francis FUKUYAMA, «Respuesta a mis críticos» en «Temas de nuestra época», *El País*, 21 de diciembre de 1989, p. 3-6. A pesar de la labor del rotativo madrileño, la traducción de «¿El fin de la Historia?» resultó imprecisa, incompleta e inexacta puesto que en ella no se contenía la totalidad del artículo, sino un resumen sumario que propició confusiones. Además fue publicada con tres meses de retraso. Sin embargo, la revista *Claves de Razón Práctica*, tradujo el artículo en su totalidad, pero siete meses después de la publicación del original. Francis FUKUYAMA, «¿El fin de la Historia?» en *Claves de Razón Práctica*, nº1, abril 1990, pp. 85-96.

<sup>15</sup> El autor ya había publicado numerosos trabajos sobre la realidad soviética: Francis FUKUYAMA, «Soviet Civil Military Relations and the Power Projection Mission» en *Rand Report*, May, 1987; Andrzej KORBONSKI - Francis FUKUYAMA, (eds.), *The Soviet Union and the Third World: the Last Three Decades*, Ithaca, N.Y., Cornell University Press, Agosto, 1987; Francis FUKUYAMA, «Gorvachev and the New Soviet Agenda in the Third World» en *Rand Report*, May, 1989.

político resulta fundamental puesto que Fukuyama pertenecía en ese momento al Departamento de Estado de la Administración Bush.

Debido a la clave polémica en la que fue concebido el artículo y la intención de la revista *The National Interest* de suscitar el debate intelectual<sup>16</sup>, fueron apareciendo diferentes artículos reflejo de la polémica mundial a la que dio lugar<sup>17</sup>, en la que tanto desde la derecha como desde la izquierda se mostraron posturas contrarias. Ante este hecho, Fukuyama tomó la decisión de contestar a sus críticos y escribió «A reply to my critics»<sup>18</sup>. Allí aducía que no consideraba decisivas ninguna de las objeciones que se habían hecho a su artículo. A su juicio, gran parte del problema había sido que sus críticos no lo habían leído<sup>19</sup> y, por lo tanto, no se habían percatado de que se estaba refiriendo a la «Historia» entendida en el sentido Hegeliano, es decir, a la historia de la ideología, que comprende el gobierno político y la organización social. Y en ningún caso se estaba refiriendo a la historia como sucesión de acontecimientos, con lo que no estaba prediciendo el fin de los conflictos y sucesos del mundo. La distinción entre la «Historia» y la «historia» era importantísima. La confusión de ambos términos llevó a los críticos a contestar algo que no se correspondía con lo que Fukuyama estaba diciendo. Así, la crítica más común fue que la historia no se había acabado aduciendo cualquier acontecimiento histórico o guerra —en general muchos se centraron en la del Golfo—. Esta argumentación era errónea porque no respondía al planteamiento de Fukuyama, con lo que quedó, en gran parte, sin contestación<sup>20</sup>. También algún historiador pensó que se estaba refiriendo a la disciplina de la historia<sup>21</sup>.

---

<sup>16</sup> De hecho el artículo iba acompañado por diferentes contestaciones realizadas desde diferentes espectros culturales, a saber: A. BLOOM, P. HASSNER, G. HIMMELFARB, I. KRISTOL, D. P. MOYNIHAN, S. SESTANOVICH, «Responses to Fukuyama» en *The National Interest*, nº16, summer 1989, pp. 19-35.

<sup>17</sup> Algunos de ellos: S. HUNTINGTON, «The Errors of Endism» en *The National Interest*, nº17, fall 1989, p. 3-11. T. FULLER, D. SATTER, D. STOVE, F. L. WILL, «Response to Fukuyama» en *The National Interest*, nº17, fall 1989, p. 93-100.

<sup>18</sup> En *The National Interest*, nº18, Winter 1989/90, pp. 21-28.

<sup>19</sup> Aunque Fukuyama tampoco demostraba leer a sus críticos, ya que no citaba ninguno que no apareciera en la revista *The National Interest*.

<sup>20</sup> La distinción entre «historia» e «Historia» fue tratada por Michael ROTH, «The end of History and the last man. By Francis Fukuyama», *History and Theory*, vol 32., tomo 2, 1993, p. 188.

<sup>21</sup> Fukuyama se refería a los historiadores: «Nadie está obligado a usar la definición hegeliana de la Historia. Por otro lado, nadie tiene el derecho exclusivo sobre el término, y menos los historiadores profesionales quienes frecuentemente sienten un interés de propietarios del mundo. Un historiador profesional puede decirnos algo sobre la causalidad en la historia; sin embargo él o ella no pueden decirnos si un acontecimiento histórico fue bueno o malo...». Francis FUKUYAMA, «A reply to my critics», p. 22-23.

En general el término «historia» lo interpretó cada crítico a su manera, debido a la ambigüedad con la que fue concebido el artículo<sup>22</sup>.

Pero el autor también quiso aclarar su relación con la Administración Bush. Alegaba que el artículo había sido concebido y escrito antes de estar vinculado al Departamento de Estado, donde a su juicio, cumplía labores como «funcionario subalterno con poca influencia», y que muchos de sus superiores no habían leído el artículo. Por último, se centraba en algunas de las opiniones de sus críticos de la revista *The National Interest* y reconsideraba el nacionalismo como un enemigo posible para la democracia liberal. No obstante, el nacionalismo tendría que universalizar sus ideas y convertirse en imperialismo, situación que le resultaba difícil de pensar.

Pese a todo, sus comentaristas no concedieron demasiada importancia a este artículo<sup>23</sup>. De cualquier forma, Fukuyama dimitió de su puesto en el Departamento de Estado y se dedicó a escribir el libro *The end of History and the last man*<sup>24</sup>, que estaría en las tiendas de todo el mundo dos años después.

El libro constituyó una ampliación del artículo «The end of History?» en sus argumentos filosóficos e históricos<sup>25</sup>. Así, el artículo era la base sobre la que trabajaba Fukuyama en la primera parte del libro, para construir su primera explicación sobre la Historia Universal. El mecanismo en el que se basaba era la «ciencia natural moderna»<sup>26</sup>, mediante el cual la Historia adquiriría un carácter orientador, puesto que sería la única actividad social acumulativa y coherente. Lo novedoso pertenecía a la segunda interpretación de la Historia

---

<sup>22</sup> Además de la confusión del término en sí, Fukuyama contribuyó a la ambigüedad formal al no seguir el mismo criterio para las palabras «historia» e «Historia» a lo largo de sus artículos.

<sup>23</sup> Una muestra fue: Santiago de MORA FIGUEROA, «Postdata al acabose», *Nueva Revista*, nº2, marzo 1990. Allí Mora de Figueroa escribía: «Prudente, insiste en que él usa la palabra historia tan sólo en el sentido hegeliano-marxista, lo cual, unido a la ignorancia de sus detractores, explica según él el vasto mal entendido».

<sup>24</sup> Francis FUKUYAMA, *The end of History and the last man*, New York, The Free Press, 1992. La edición española *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992.

<sup>25</sup> Perry Anderson cercioraba: «Se puede afirmar, sin vacilación, que nadie jamás ha intentado una síntesis tal, a la vez tan profunda en sus premisas ontológicas y tan cercana a la superficie de la política mundial». Perry ANDERSON, *Los fines de la historia*, p. 113.

<sup>26</sup> Para Fukuyama la «ciencia natural moderna» era la tecnología, que ejercía de organizador social y ofrecería un universo uniforme de posibilidades de producción económica. Francis FUKUYAMA, *El final de la Historia y el último hombre*, p. 15.

Universal, basada en el mecanismo que él denominaba «deseo de reconocimiento»<sup>27</sup>, que le reportaría un análisis no materialista de la Historia apto para reinterpretar fenómenos como la cultura, la religión, el trabajo, el nacionalismo o la guerra.

En cuanto al primer mecanismo orientador de la Historia, la «ciencia natural moderna», Fukuyama comenzaba asegurando que la Historia se dirigía hacia la democracia liberal después de la caída de comunismo y fascismo. Esa direccionalidad vendría marcada en primer lugar por la «ciencia natural moderna» creada por Descartes, Bacon y Spinoza en los siglos XVI y XVII. La «ciencia natural moderna» manejaba el rumbo de la Historia gracias a la competencia militar y al desarrollo económico, sustentado en la tecnología. Precisamente la innovación tecnológica y la industrialización llevarían a adoptar el capitalismo como sistema económico a los países avanzados y a los del tercer mundo. A este razonamiento de la Historia, Fukuyama lo tildaba de «interpretación económica de la Historia»<sup>28</sup>. Pero todo este entramado no aportaría ningún dato para conducir a la Historia hacia la democracia como sistema político, puesto que las democracias no se podían entender únicamente en términos económicos; había otras motivaciones como las religiosas o ideológicas.

Cuestionada la «ciencia natural moderna» como productora de democracia liberal, Fukuyama proponía retornar a Hegel<sup>29</sup> y plantear la explicación de

---

<sup>27</sup> «El deseo de reconocimiento» correspondía a una idea extirpada de Hegel. El mecanismo consiste en que el hombre se diferencia del animal en que desea el reconocimiento de otros hombres, desea que se le reconozca como un ser con cierto valor y dignidad. El término había sido utilizado por Platón en *La República*. El filósofo griego discernía en el alma tres partes: una que desea, una que razona y una que la denominaba *thymos* (ánimo o coraje). De esta tercera sección del alma es de donde surgiría el reconocimiento de su propia valía, lo que se llamaría coloquialmente «autoestima» o «respeto por sí mismo».

<sup>28</sup> Fukuyama sostenía que se trataba de «una interpretación marxista de la historia que conduciría a una conclusión enteramente no marxista... En contra de lo que dice Marx, el tipo de sociedad que permite al hombre producir y consumir la mayor cantidad de productos sobre la base más igualitaria no es una sociedad comunista, sino una sociedad capitalista». Vid. Francis FUKUYAMA, *El fin de la Historia y el último hombre*, p. 193.

<sup>29</sup> Fukuyama revela en su libro que pretendía revitalizar la imagen de Hegel entre el mundo intelectual anglosajón, donde se le tacha habitualmente de ser el antecesor del totalitarismo del siglo XX y defensor de la monarquía prusiana. Lo presentaba como uno de los filósofos creadores de la modernidad y defensor de la libertad y la sociedad civil. A juicio de José Carlos Bermejo, Fukuyama entroncaba más con el Hegel juvenil y especulativo de la *Fenomenología del Espíritu*, que con el Hegel maduro y próximo a la reflexión histórica de *Las Lecciones sobre*

una segunda Historia Universal, mediante la «lucha por el reconocimiento»<sup>30</sup>. Para Fukuyama este motor de la Historia proporcionaría una concepción dialéctica de la misma que conduciría irreversiblemente al final de la Historia, encarnado en las democracias liberales. La lucha dialéctica se produciría entre dos actores genuinamente hegelianos: el amo y el esclavo. Ambos habrían sostenido una confrontación a lo largo de la Historia marcada por su diferente actitud hacia la muerte. Mientras los amos estarían dispuestos a arriesgar su vida por prestigio; los esclavos no. Este conflicto quedaría resuelto en la Revolución Francesa cuando el esclavo habría arriesgado su vida superando definitivamente el miedo a la muerte. Por tanto, la Revolución Francesa sería el triunfo del esclavo y la instauración del concepto kojéviano de «Estado homogéneo universal», que reconocía a todos los ciudadanos y creaba una sociedad sin clases.

¿En que sistema político se desarrollaría el «Estado homogéneo Universal»?<sup>31</sup>. En la democracia liberal, puesto que era el sistema que permitiría al amo y al esclavo convivir con su «deseo de reconocimiento». En definitiva, lo que había logrado Fukuyama era encontrar una explicación de cómo la Historia ofrecía una direccionalidad hacia la democracia liberal. Algo que no le proporcionaba la argumentación basada en la «ciencia natural moderna».

En este punto abandonaba a Hegel, Kojève y Kant para centrarse en Nietzsche<sup>32</sup>, para quien el estado democrático liberal supondría la victoria del esclavo y el fracaso del señor. Las democracias liberales estarían pobladas por individuos obsesionados por la autoconservación, en otras palabras por «últimos hombres»<sup>33</sup>. Estos hombres estarían ausentes de cualquier deseo de

---

*Filosofía de la Historia Universal. Vid. J. C. BERMEJO BARRERA, Entre Historia y Filosofía, Madrid, Akal, 1994, p. 218.*

<sup>30</sup> A partir de ese momento, como utilizaba indistintamente a Hegel y Kojève, anunciaba que se basaba en un nuevo filósofo denominado Hegel-Kojève, resultado de la simbiosis del pensamiento de ambos.

<sup>31</sup> Para adentrarse en una interpretación de Kojève sobre Hegel véase el libro del canadiense Barry COOPER, *The end of History: an essay of modern hegelianism*, Toronto, University of Toronto Press, 1984.

<sup>32</sup> Fukuyama tomaba la idea del «último hombre» de Nietzsche vía Allan Bloom. Vid. Michael S. ROTT, «The end of History and the last man by Francis Fukuyama», en *History and Theory*, 32, nº2, 1993, p. 193.

<sup>33</sup> Para Nietzsche el «último hombre» era el esclavo victorioso de la dialéctica entre el amo y el esclavo en la democracia liberal. Por tanto, era el ciudadano típico de la democracia liberal que abandonaba la orgullosa convicción de su valor en favor de la autoconservación. Nietzsche decía que el hombre democrático se componía enteramente de deseo y razón, que le servían para satisfacer necesidades fútiles, pero era incapaz de que se le reconociera más valor que a los otros, y sin este deseo no sería posible realizar nada que mereciera la pena. FUKUYAMA, F., *El fin de la Historia y el último hombre*, p. 24 y 403-404.

sentirse superiores a los demás —lo que Fukuyama llama «megalothymia»—. Nietzsche pensaba que la verdadera libertad y creatividad sólo surgirían de la «megalothymia» y que la sociedad aristocrática sería la única en la que se ejecutarían la grandeza, la excelencia y la nobleza humanas. Ante estos pensamientos, Fukuyama observaba que el futuro de la democracia liberal dependía de las oportunidades que tuvieran sus ciudadanos para satisfacer su megalothymia. Y a su juicio, las democracias liberales ofertaban posibilidades para sobresalir en la actividad económica, en el ejercicio de la política y en actividades formales como deportes, alpinismo y similares. Es decir, todas las actividades menos la tiranía política. Por todo esto, la democracia liberal representaba el régimen más justo «en la realidad» y era el «fin de la Historia».

Por otro lado, el libro también continuaba la discusión con sus críticos. Citaba diferentes trabajos críticos hacia su artículo y le servían de punto de partida para proponer nuevos argumentos<sup>34</sup>. Por último, el libro era un estudio de política contemporánea y relaciones internacionales después de la guerra fría, ya que ofrecía un excelente compendio de consideraciones sobre la democracia, nacionalismo, fundamentalismo, fascismo o comunismo y analizaba las relaciones internacionales de la nueva era, que él llamaba posthistórica. Este argumento histórico sostenía gran parte de los cimientos de su tesis. Pretendía desde una postura excesivamente optimista la afirmación definitiva del proyecto ilustrado de la modernidad. Del mismo modo, atacaba al pensamiento postmoderno sostenido en la inviabilidad de las ideas ilustradas y pretendía provocar a la izquierda política en general y a los intelectuales marxistas en particular<sup>35</sup>. De modo parejo, intentaba revitalizar

<sup>34</sup> Algunos de los artículos críticos: J. GRAY, «The end of History-or the end of liberalism?» en *National Review*, octubre 1989, p. 33-35; P. HIRST, «Endism» en *London Review of Books*, nº 23, 1989; M. DÓNHOFF, M. «Am ender aller geschichte?» en *Die Zeit*, 22 septiembre 1989, p.1; A. FONTAINE, en «Après l'histoire, l'ennui?», *Le Monde*, 27 septiembre, 1989, p.1. Otros artículos eran: F. HALLIDAY, «An encounter with Fukuyama» en *New Left review*, 193, mayo-junio 1992, p. 89. A. RYAN, «Professor Hegel goes to Washington» en *The New York Review of Books*, 26 march 1992, p. 7-12.

<sup>35</sup> Entre los intelectuales de izquierda ingleses hubo una división en la recepción de los razonamientos de Fukuyama. Una parte veía en él a un ideólogo capitalista deslumbrado ante el potencial del socialismo revolucionario, y otros lo tildaban como un buscador de un progresivismo revisionista. Fukuyama respondía a esto que «es extraño encontrar que, en Europa, mucha de la gente que me defiende es marxista». Vid. Fred HALLIDAY, «An encounter with Fukuyama» en *New Left Review*, 193, mayo-junio 1992, p. 89. Un ejemplo era Perry ANDERSON, quien consideraba el «marxismo invertido» de Fukuyama como un tributo hacia la izquierda en su «The ends of history», en *A Zone of Engagement*, London, Verso, 1992. Precisamente esa «interpretación marxista para llegar a una conclusión no marxista de la Historia» fue la causa esgrimida por buena parte de la derecha norteamericana para rechazar la tesis de Fukuyama, tal y como señala Joseph

el pensamiento hegeliano y el de su intérprete Kojève, así como el de sus maestros y mecenas intelectuales, sobre todo Allan Bloom, Nathan Tarkov y Leo Strauss<sup>36</sup>.

Paralelamente, Fukuyama ejercía de historiador al crear una historia universal ordenada y coherente, mérito que pocos han visto en su obra. Realizó una síntesis del desarrollo histórico y político de la humanidad como antes habían hecho Kant o Hegel, aunque con un resultado que no satisfacía a todo el mundo. La evolución de la tesis se puede observar en el distinto carácter del enunciado en sí. Pasó de ser una frase interrogativa en su primer artículo «The end of History?»<sup>37</sup> a afirmativa *The end of History and the last man*. Este cambio resume, de un forma sumaria, la evolución de la teoría en todos los aspectos.

Dos años después, el profesor Timothy Burns invitaba a Fukuyama a una segunda respuesta a sus críticos, que se tituló «Reflections on the end of History, five years later»<sup>38</sup>. En el artículo comenzaba recordando que, antes de publicar su artículo «The end of History?», ya le habían advertido que sería mal interpretado. En este sentido pensaba que el nuevo intento de contestación tampoco resolvería ningún malentendido. Lo primero que hacía el autor era reformular los argumentos de *The end of History and the last man*. Ahora llamaba parte «empírica» a la explicación de la direccionalidad de la Historia sustentada en la «ciencia natural moderna». Por otro lado, reclasificaba la argumentación relativa al «deseo de reconocimiento» con el

---

McCARNEY, «Endgame» en *Radical Philosophy*, 62, Autumn, 1992, p.35. Incluso el «padrino» del neoconservadurismo estadounidense, Irving Kristol, señalaba: «No me creo una palabra de todo». I. KRISTOL, «Response to Fukuyama» en *The National Interest*, nº16, summer, 1989, p.27.

<sup>36</sup> Empleaba la traducción de A. Bloom, PLATON, *The republic of Plato*, New York, Basic Books, 1968. Nathan TARCOV, *Locke's education for liberty*, Chicago, University of Chicago Press, 1984. L. STRAUSS, *On Tyranny. Including the Strauss-Kojève correspondence*, New York, Free Press, 1991 (edición revisada y aumentada. Comps. V. Gourevitch y M. Roth). Este último libro es fundamental para la construcción de muchos de los argumentos de Fukuyama. El norteamericano consideraba en su libro que la correspondencia entre Strauss y Kojève era uno de los debates intelectuales más importantes del siglo XX.

<sup>37</sup> Muchos críticos se olvidaron del carácter interrogativo del artículo, como señalaban Strobe TALBOTT, «El principio del absurdo», (*Times Magazine*), en *El País*, 30 de septiembre, 1989, p.13 y Santiago de MORA FIGUEROA, «El acabose», *Nueva Revista*, nº1, febrero 1990.

<sup>38</sup> Francis FUKUYAMA, «Reflections on the end of History, five years later», en T. BURNS (ed.), *After History? Francis Fukuyama and his critics*, p. 239-258. Este mismo artículo fue reproducido con alguna imprecisión en la revista *History and Theory*, vol. 34, 1995, p.27-43.

fin de evaluar la democracia liberal contemporánea como parte «normativa» o «teórica».

Fukuyama se centraba en la conexión entre los argumentos «empírico» y «normativo» para asegurar que las relaciones entre ambos no podían ser separadas. Consideraba que la afirmación de que la democracia liberal era la mejor forma de organizar las sociedades humanas correspondía a la esfera del argumento «normativo», pero sustentada en evidencias «empíricas». Esos hechos «empíricos» corresponderían con el fracaso del sistema socialista y el éxito del capitalismo. De esta forma, los hechos «empíricos» sostendrían a los «normativos». Y el argumento «normativo» referente al triunfo de la democracia liberal no se veía afectado por los acontecimientos «empíricos», puesto que «el final de la Historia» es una afirmación normativa sobre los principios de libertad e igualdad que subyacieron en las Revoluciones Francesa y Americana. En todo caso, el razonamiento «empírico» no se podría valer por sí mismo para llegar a conclusiones y sólo refutaría el mayor o menor grado de verdad de la afirmación «normativa», a la cual se llegaría a través del pensamiento moderno. Algo, a su juicio, perfectamente explicado en el debate entre Strauss y Kojève<sup>39</sup>.

El argumento «empírico» se basaría en la concepción hegeliano-marxista de la Historia, que la llevaría a la modernización económica y, por lo tanto, hacia el capitalismo y a la democracia liberal. Hasta aquí el argumento para

---

<sup>39</sup> Ese debate aparecía en la segunda edición del libro *On tyranny* publicada y ampliada por Michael S. Roth y V. Gourevitch en 1991 (la primera edición databa de 1963). Leo Strauss fue uno de los filósofos políticos más influyentes en el movimiento intelectual norteamericano llamado «neocons» —asociados al partido republicano). Vid. Daniel BELL, «Las guerras culturales en USA (1965-1990). Comunidad, corrección política y multiculturalismo» en *Claves de Razón Práctica*, nº33, junio 93, pp. 26-39. Igualmente, Leo Strauss fue el interlocutor más serio de Kojève y su más profundo crítico —la obra de Kojève fue conocida en Estados Unidos gracias a Strauss y a muchos de sus discípulos, como Allan Bloom). Kojève y Strauss se conocieron en los años treinta cuando estudiaban en Berlín y después mantuvieron correspondencia durante treinta y tres años —publicada en la edición de 1991 de *On Tyranny*—. La relación entre ambos intelectuales fue siempre de mútuo respeto, pese a sus diferentes concepciones de la razón de estado. Kojève, siguiendo a Maquiavelo y a Hegel, defendía la posibilidad de justificar la tiranía como instrumento para la mejora social en el caso del progreso histórico. Strauss rechazaba la idea de la tiranía, la del progreso y la tesis del fin de la Historia. Vid. M. ROTT, «The end of History and the last man by Francis Fukuyama» en *History and Theory*, 32, nº2, 1993, p. 190 y 192 y T. FULLER, «Response to Fukuyama» en *The National Interest*, nº17, 1989, p. 94. Esta dicotomía entre los dos filósofos, llevaba a J. McCarney a decir que el libro de Fukuyama podría ser leído como la lucha de su alma entre Kojève y Strauss. Vid. J. McCARNEY, «Endgame» en *Radical Philosophy*, 62, autumn 1992, p. 36.

una Historia Universal era débil. No había un hilo conductor que determinara el progreso de la «ciencia natural moderna», la modernización económica y la democracia liberal. El último punto del artículo se restringía al argumento «normativo». La estrategia argumentativa consistía en ir apelando a alguno de los doce comentaristas de los que aparecían en el libro, críticos con algún aspecto «normativo». Muchas de las respuestas se basaron en desmentir que era un Hegel incorrecto, un Kojève mal interpretado o un Nietzsche modificado.

En líneas generales, el último trabajo de Fukuyama sobre «el fin de la Historia» aportaba un importante aclarado de ideas y síntesis de argumentos. En último término, la correspondencia sería: Argumento «empírico»= Historia Universal cimentada en la «Ciencia Natural Moderna», los filósofos Hegel y Marx y en la explicación histórica de todos los países hasta 1989. Argumento «normativo»= Historia Universal basada en «el deseo de reconocimiento» y los teóricos Hegel, Kojève, Kojève-Hegel, Strauss, Locke, Hobbes, Kant y Nietzsche. En cierto modo, este trabajo de Fukuyama era una respuesta a los distintos críticos reunidos por T. Burns. Si «A reply to my critics», publicado en el año 1989, había sido una contestación al primer artículo «The end of History?», «Reflections on the end of History, five years later» correspondía a una respuesta a las críticas del libro.

Fukuyama continuó con sus consideraciones en el libro titulado *Trust: the social virtues and the creation of prosperity*<sup>40</sup>. En esta obra, seguía con sus razonamientos sobre la vida comunitaria y económica ya iniciados en la parte «V» de su anterior libro. En esta línea, y siempre dentro del contexto del fin de la Historia, el analista de la «Rand Corporation» trataba sobre la función de la «sociedad civil»<sup>41</sup> y el asociacionismo en el mundo contemporáneo. Pretendía explicar la influencia de la cultura en la economía. Según el grado de las sociedades para subordinar sus intereses a la comunidad, el autor calificaba los países según la confianza en la sociedad civil. Así dividía a los países en los de «alta confianza», ejemplificados en Estados Unidos, Japón y Alemania; y los de «baja confianza», como China, Hong Kong, Taiwán, Italia, Corea del Sur y Francia.

---

<sup>40</sup> Francis FUKUYAMA, *Trust: the social virtues and the creation of prosperity*, New York, The Free Press, 1995; London, Hamish Hamilton, 1995. En España sólo se ha publicado un artículo que apunta algunas ideas del libro cuya referencia es: Francis FUKUYAMA, «El capital social y la economía mundial» en *Política Exterior*, IX, n°47, octubre/noviembre, 1995, p. 77-89.

<sup>41</sup> En sus palabras, la sociedad civil la definía como «un conjunto complejo de instituciones intermedias donde se incluyen negociantes, asociaciones voluntarias, instituciones educacionales, clubes, organizaciones benéficas e iglesias contruidos a partir de la familia». FUKUYAMA, F., *Trust. The social virtues and the creation of prosperity*, p. 4.

En definitiva, en el libro defendía una fuerte sociedad civil pero también reconocía la importancia del estado, especialmente admiraba las emergentes economías asiáticas —hoy en crisis— como Corea, Taiwán o Hong Kong. En realidad, no hacía otra cosa que descalificar la política liberal que se desarrolló en su país desde los años ochenta. Por lo tanto, se desmarcaba de determinadas tendencias ultraliberales de la derecha americana, pero se cuidaba de no poner como ejemplo el modelo de estado europeo socialdemócrata puesto que se le podía desvanecer la democracia liberal triunfante. La obra pone de manifiesto sus dudas sobre el estado democrático liberal, siendo él mismo, sin quererlo, su crítico más audaz.

A modo de conclusión, se puede argumentar que la evolución de la teoría de «el fin de la Historia» fue creciendo lentamente en sus cinco años de publicaciones. Y aunque no se esté de acuerdo en las ideas y en las conclusiones, es justo reconocer una coherencia discursiva y brillantez considerables. Además, lo hacía proponiendo un desafío intelectual para el lector, al basar gran parte de su teoría en la caída del comunismo y marxismo. A este respecto, es evidente que Fukuyama perteneció a la Administración Bush y es un descendiente intelectual de un grupo denominado «neoconservadores»<sup>42</sup>, preocupados en aplicar las tesis liberales a la sociedad y concepción del Estado. De ahí la necesidad de declarar el triunfo de la democracia liberal y la idea de apoyar una «sociedad civil» fuerte.

Por último, la teoría de «el fin de la Historia» fue oportuna para confrontar las concepciones teleológicas marxista y liberal. Y lo que subyace de esta discusión es si las explicaciones teleológicas son necesarias para explicar la Historia en su totalidad o si no existe una meta preestablecida en la historia de la humanidad, igual que no existe una verdad científica y permanente<sup>43</sup>.

---

<sup>42</sup> Término acuñado por el liberal norteamericano Michael Harrington. La base de esta corriente intelectual corresponde al Liberalismo Radical y su germen estuvo en el famoso libro de Daniel BELL, *El final de las ideologías*, Madrid, Tecnos, 1964. Las actividades de este grupo se incrementaron durante los años setenta defendiendo una vuelta al mercado, una defensa a ultranza del capitalismo y la puesta en duda del Estado social. En ese momento se decantaron por Nixon.

<sup>43</sup> Tal y como señala Carlos BARROS, «La historia que viene», p.101.